

Carlos Préndez Saldías

María Luisa .



REVUELTO el pelo canoso,
ojos que al mirar se achican,
y entre arrugas y carmín
la boca en larga sonrisa.

Grandes pechos sin orgullo
que a medio vientre se afirman,
y la grupa marinera
que hasta en reposo se cimbra.

Bata en verde terciopelo,
con desparpajo ceñida,
y el gordo pie que rebalsa
de la verde zapatilla.

Para las noches de estreno,
cuando tiene nuevas niñas;
roja de sangre es la bata
que sus blanduras perfila.
¡Que no tuvo más colores
que verde y rojo tu vida,
y así te ve mi recuerdo,
penando, María Luisa!

¡Oh, meretriz de abolengo
que llegaste a Celestina,
y estás con las piernas juntas
bajo la tierra dormida,
en romance de nostalgia
mi corazón te avecina!

Espejo en luna redonda;
verde y rojo, dos cortinas,
y una lámpara que llora.
con lágrimas que ilumina.
Sillones de raso verde;
sofá que a todo servía,
y sobre mesa de arrimo
¡nunca las copas vacías!
Manuel Magallanes Moure,
Jorge González Bastías,
Claudio de Alas, Pedro Sienna,
Mondaca sin alegría,
y está Jerónimo Lagos
con su soledad encima.
¿En qué fiesta de tus noches
faltara Préndez Saldías?

Algazara de poetas
cuando sonriendo decías:
—¡Ingratos que me abandonan
con el sol de cada día!
Y dos palmadas sonoras:
—¡Vengan poncheras en sidra!

¡Cómo sacabas del pecho
cigarros de hoja talquina,
y en ademán generoso
tu vicio nos repartías!
Cuando los fuertes cigarros
eran escombros que ardían,
con voz de liturgia lenta
nos tirabas la consigna:
—Muchachos, primero el arte
y después la algarabía.

Era un cuento de princesas
lo que a media voz leías,
amor de primeras letras
en que nada sucedía;
¡y el elogio, y el abrazo
y el beso que te caían!
Claudio de Alas en tercetos
te descolgaba sus rimas,
y eras "Safo Pecadora"
en su crespá fantasía.
Con orgullo el pecho lacio
de movable gelatina
en tus minutos de gloria
al sitio justo volvía.
¡Todo un pecho de doncella
el terciopelo escondía!

Con dos palmadas sonoras
siempre lo mismo decías:
—¡Que vengan del salón grande :
las sin uso todavía!
Y Nelly, la caprichosa,
y Rosa, la colorina,
y la gorda que rezaba
sentencias de Vargas Vila,
nos alegraban la noche
de la bohemia perdida.

Poncheras y más poncheras,
cual fugaces golondrinas,
las manos nos alargaban
hasta las faldas esquivas.
Para tan pocas mujeres
siempre sobraron rodillas.

Entre el alcohol y el tabaco
y la carne apetecida,
éramos siete al llegar
y cuatro los que salían.

En esta paz de mis años
te evoco, María Luisa,
y mi romance te deja
entre cuatros rayas viva,
con tu lujuria en pavesa
y en terciopelo metida.